

Los paisajes agrarios tradicionales: significado y relevancia en la sociedad actual

El paisaje rural es una obra cultural, reflejo de múltiples vicisitudes de la historia. El hombre ha sido el primer actor en la configuración del paisaje durante siglos. Tradicionalmente los agricultores han vivido y trabajado la tierra en armonía con la naturaleza. Su adaptación a los recursos del medio, de manera sostenida durante largos períodos de tiempo, tenía su aspecto visible en paisajes típicos que manifestaban esa gestión prudente. Los paisajes aterrazados, por ejemplo, son el resultado de una doble necesidad: disponer de tierras para el cultivo y suministrar a las mismas caudales, al menos en una cantidad que permita asegurar las cosechas. Además de presentar otros beneficios desde el punto de vista de la erosión y de la escorrentía: la ruptura de pendientes por el abancalamiento escalonado, al tiempo que la desviación de caudales por las boqueras implica una considerable reducción de los coeficientes de escorrentía.

Sin embargo, las rápidas transformaciones de toda índole, culturales, sociales, económicas, tecnológicas, que vienen registrándose durante el último medio siglo, han superado en velocidad a la capacidad de aprendizaje en el manejo del territorio de las poblaciones locales, todo ello se ha acompañado de una importante «aculturación», de una pérdida de saberes para gestionar un territorio.

En los últimos cincuenta años la agricultura ha sufrido una revolución tecnológica que ha desembocado en una mecanización generalizada, en el uso creciente de productos agroquímicos y en la mejora espectacular de las técnicas de cultivo. Esta

intensificación ha provocado mayores rendimientos y más riqueza (para los agricultores y para el resto de la sociedad), pero también ha generado los excedentes comunitarios, la elevación exagerada del presupuesto comunitario o la aparición de relevantes problemas de degradación ambiental (intensificación de los procesos erosivos con su secuela de pérdida de suelo, aterramiento de embalses, agotamiento y contaminación de acuíferos, etc). Además, ha supuesto la desaparición de formas tradicionales de agricultura que habían demostrado su adaptación a las condiciones que la naturaleza había diseñado en cada espacio. Abandono que en el caso del sureste peninsular se ha traducido en el incremento de los procesos expresivos de la agresividad e inestabilidad de las laderas, acentuación de las crecidas y los consiguientes efectos en las zonas bajas cuando se producen chubascos de fuerte intensidad horaria, aterramiento de los embalses, aumento de la capacidad de carga y competencia de los caudales, etc.

La agricultura, por tanto, no puede ser contemplado sólo en su función económica, sino como una actividad que contribuye al mantenimiento del medio ambiente rural. Principios que son recogidos por la nueva Política Agraria Comunitaria. Entre sus objetivos nos interesa destacar dos, a saber:

– Es necesario mantener un número suficiente de agricultores en las tierras. Ésta es la única forma de preservar el medio ambiente, un paisaje milenario y un modelo de agricultura familiar que es expresión de un modelo de sociedad.

– Reconocer el hecho de que el agricultor de-

sempaña o al menos podría y debería desempeñar, dos funciones principales de forma simultánea: una actividad productiva y, al mismo tiempo, una actividad de protección del medio ambiente y de desarrollo rural.

Esta declaración supone reafirmarse en algo tan decisivo como es la importancia del hombre. Él y su obra, el paisaje, son objeto de especial cuidado. El medio ambiente, como hábitat en el que vive el hombre y se hace el paisaje, precisa la mejor atención. El hombre como agente de la modernización agrícola se estaba convirtiendo en propia víctima; su poder tecnológico, capaz de transformar los sistemas productivos hasta límites insospechados, se ha vuelto contra el propio hombre.

No obstante, hemos de indicar, asimismo que las medidas propugnadas por la PAC (retirada de tierras, reforestación de tierras agrícolas, extensificación de la producción, etc.) deben aplicarse con sumo cuidado. La extensificación, por ejemplo, puede tener unos aspectos muy positivos en las zonas de agricultura intensiva, mientras que puede ser perjudicial en zonas deprimidas ya de por sí extensivas. La sustitución de cultivos agrícolas por otros forestales ha de ser mirada con atención pues puede asimismo favorecer el despoblamiento, ya que los segundos son esencialmente absentistas, o bien ocasionar directamente efectos ambientales adversos, en muchos casos de monocultivo forestal. La reforestación ha de ser proyectada y ejecutada con sumo cuidado, ya que por sí misma tampoco es la panacea.

Comentario similar merecen las subvenciones que se otorguen a los agricultores, quienes no las deben considerar como una limosna. Dado que el agricultor debe desempeñar un papel clave en la preservación del medio ambiente rural, será conveniente aplicar políticas de remuneración de los servicios prestados por ellos en el desempleo de esta función de interés público. Aunque puede ser chocante pretender vender la contemplación de un bello paisaje, debemos caer en la cuenta de que existen tasas por vertidos o emisiones contaminantes y que existe el delito ecológico que a nuestros antepasados de los comienzos de la época industrial les habría causado extrañeza; de igual modo si nadie paga por cuidar el medio ambiente lo pagaremos entre todos.

Junto al mantenimiento de la actividad agrícola, requisito esencial para mantener el equilibrio del medio ambiente en numerosas zonas desfavorecidas, hemos de hacer mención a la necesidad

de una diversificación de las actividades económicas. Hecho fundamental para intentar paliar los notables desequilibrios que se han acentuado a partir de la década de los cincuenta en gran parte de la unión Europea. Éstos, en el caso concreto de la Comunidad valenciana, pretenden ser paliados con una serie de políticas que debemos incardinar en el PEV-III (Programa Económico Valenciano) y en el PDR (Plan de Desarrollo Local) o el programa comunitario LEADER.

Entre estas actividades diversificadoras de la economía hemos de incluir asimismo todas aquellas relacionadas con lo que ha venido denominándose como «venta de paisaje». La sociedad cada vez demandan con mayor intensidad espacios rurales para el ocio y mejoras en la calidad de vida. El hombre de la ciudad precisa salir de su entorno para disfrutar del bienestar estético y emocional del campo. El turismo, los viajes de recreo y las vacaciones ofrecen unas posibilidades de consumo social del paisaje. Actividades que conviene tener en cuenta en la economía global de ciertas comarcas pintorescas o poco alteradas todavía. Esta venta de paisaje es observable, por ejemplo, en los secanos del litoral de la Marina. Éstos se han convertido en espacio de uso turístico-residencial, donde los viñedos y la arboricultura de secano residual pasan a ser masa vegetal valorada por sus efectos paisajísticos, dentro de las promociones inmobiliarias, generalmente asentamientos de baja densidad, muy apreciados por los residentes extranjeros de la tercera edad.

A modo de conclusión, podemos indicar que a pesar de los planteamientos conservacionistas propugnados desde la Unión Europea, éstos en muchas ocasiones, desde el punto de vista de los hechos factibles, no son más que decretos, cuya aplicación real es difícil, dada su escasa rentabilidad al menos a corto plazo. Así, por ejemplo, la valoración de esta ordenación tradicional como elemento atractivo cara a la potenciación de la denominada Montaña Alicantina como ruta ecoturística es poco frecuente. Afirmación corroborada por el hecho de que la mayoría de los municipios reconocen que no tienen previsto ninguna actuación cara a su conservación. La concienciación de la necesidad de ser respetuosos con el medio ambiente es, por tanto, fundamental. Se trata, por tanto de formar en el respeto al medio ambiente no por sus consecuencias buenas o malas, que puede ser que no veamos, sino porque es un valor que debe impregnar la cultura, que se trasmite de generación



en generación. Proceso este al que contribuye de manera notable la realización de congresos como el de Rieti en el cual se comparan los problemas que el mundo rural tienen en los diversos países comunitarios, además de favorecer las comparaciones tanto entre las políticas adoptadas, como en los resultados obtenidos. Permiten asimismo, concienciar a las autorida-

des de la necesidad de mantener, de conservar unos espacios que, aunque algunos puedan creer que son elementos obsoletos, reliquias del pasado, en realidad, tienen un gran valor al mostrarnos como vivían las sociedades pasadas, como se adaptaban a un medio, en ocasiones poco favorable a esas prácticas agrícolas, sin causar graves problemas ambientales.



I paesaggi agricoli tradizionali: significato e importanza per la società attuale

Il paesaggio rurale è un'opera culturale, riflesso di molteplici vicissitudini della storia. L'uomo è stato il primo attore nella configurazione del paesaggio attraverso i secoli. Tradizionalmente gli agricoltori hanno vissuto e lavorato la terra in armonia con la natura. L'adattamento dell'uomo alle risorse dell'ambiente, in modo rigovoso e per lunghi periodi di tempo, aveva il suo aspetto visibile in paesaggi tipici che evidenziavano questa gestione prudente. I terrazzamenti dei paesaggi agricoli, ad esempio, sono il risultato di una duplice necessità: disporre di terre per la coltivazione e garantire alle stesse l'apporto d'acqua, almeno in una certa quantità, in modo da assicurare i raccolti. Oltre a presentare altri benefici dal punto di vista dell'erosione e del deflusso delle acque: la rottura dei pendii a causa dei terrazzamenti, allo stesso modo la deviazione di portate d'acqua per le boschaglie implica una considerevole riduzione dei coefficienti di deflusso. Tuttavia, le rapide trasformazioni di ogni tipo, culturali, sociali, economiche, tecnologiche che si sono registrate fino ad oggi, hanno superato in velocità la capacità di apprendimento dello sfruttamento del territorio da parte delle popolazioni locali, tutto ciò è stato accompagnato da un'importante "acculturazione", ma anche da una perdita di conoscenza nella gestione del territorio.

Negli ultimi cinquant'anni l'agricoltura ha sofferto una rivoluzione tecnologica che è sfociata in una meccanizzazione generalizzata, nell'uso crescente di prodotti agrochimici e nello spettacolare miglioramento delle tecniche di coltivazione. Questa intensificazione ha prodotto maggiori rendimenti e maggior ricchezza (per gli agricoltori e per il resto della società), ma ha anche generato le eccedenze nella produzione comunitaria, l'innalzamento esagerato del budget comunitario e l'apparizione di rilevanti problemi di degrado ambientale

(intensificazione dei processi erosivi con successiva perdita di suolo, appianamento di bacini, esaurimento e inquinamento delle falde acquifere, ecc.). Inoltre, ha comportato la scomparsa di forme tradizionali di agricoltura che avevano dimostrato il loro adattamento alle condizioni che la natura aveva offerto in ogni regione. Abbandono che nel caso del Sud-Est peninsulare si è tradotto in un incremento dei processi erosivi, dell'aggressività e dell'instabilità dei pendii, in una accentuazione delle piene e dei conseguenti effetti nelle zone basse quando si verificano acquazzoni di forte intensità, di appianamento dei bacini, di aumento della capacità di carico e di contenimento delle portate d'acqua dei letti dei fiumi, ecc.

Pertanto, l'agricoltura non può essere considerata solo nella sua funzione economica ma anche come un'attività che contribuisce alla conservazione dell'ambiente naturale. Principi che sono accolti dalla nuova Politica Agraria Comunitaria (P.A.C.).

Tra i suoi obiettivi ci interessa sottolinearne due, cioè:

- mantenere sulle terre un numero sufficiente di agricoltori. Questa è l'unica strada per preservare l'ambiente, un paesaggio millenario ed un modello di agricoltura familiare sono espressione di un modello di società.*

- riconoscere che l'agricoltore svolge o almeno potrebbe e dovrebbe svolgere due funzioni principali in modo simultaneo: un'attività di protezione dell'ambiente e una di sviluppo rurale.*

Questa nuova politica agricola riafferma l'importanza dell'uomo. Egli con la sua opera mette nel paesaggio una cura tutta particolare. L'ambiente, come habitat nel quale vive l'uomo trasformando il paesaggio, rivela tutta la sua migliore attenzione. L'uomo in qualità di agente della modernizzazione agricola stava diventando vittima di se stesso; il suo potere tecnologico, capace

di trasformare i sistemi produttivi fino a limiti insospettiti, si sarebbe volto contro di lui.

Malgrado ciò, dobbiamo indicare, egualmente, che le misure proposte dalla P.A.C. (ritiro di terre, riforestazione di terre agricole, estensificazione della produzione, ecc.) devono applicarsi con estrema prudenza. La estensificazione, per esempio, può avere alcuni aspetti positivi nelle aree ad agricoltura intensiva, mentre può essere dannosa nelle aree depresse di per sé estensive. La sostituzione di coltivazioni agricole con altre forestali dev'essere realizzata con attenzione, inoltre può anche favorire lo spopolamento poiché le seconde sono essenzialmente "assenteiste", o ancora possono causare direttamente effetti ambientali negativi, in molti casi di monocultura forestale. La riforestazione dev'essere progettata ed eseguita con estrema cura, poiché di per sé non risulta una panacea.

Un simile commento meritano le sovvenzioni che vengono concesse agli agricoltori, i quali non devono considerarle come un'elemosina. Poiché l'agricoltore deve svolgere un ruolo chiave nella conservazione dell'ambiente rurale, sarà conveniente applicare politiche di remunerazione per i servizi prestati dagli agricoltori nello svolgimento di questa funzione di interesse pubblico. Sebbene possa essere scioccante pretendere di vendere la bellezza di un paesaggio, dobbiamo tener conto dell'esistenza per contro del delitto ecologico e in egual misura che se nessuno paga per la salute dell'ambiente saremo costretti a pagare tutti.

Insieme al mantenimento dell'attività agricola, requisito basilare per mantenere l'equilibrio dell'ambiente in numerose aree sfavorevoli, dobbiamo ricordare la necessità di una diversificazione delle attività economiche. Fatto fondamentale per cercare di porre rimedio ai notevoli squilibri che si sono accentuati a partire dagli anni Cinquanta in gran parte dell'Unione europea. Questi, nel caso concreto della Comunità Valenzana, pretendono di essere attenuati con una serie di politiche che dobbiamo introdurre nel PEV-III (Programma Economico Valenzano) e nel PDR (Piano di Sviluppo Locale) o nel programma comunitario LEADER.

Tra queste attività poliedriche dell'economia agricola dobbiamo includere tutte quelle legate alla "vendita del paesaggio". La società richiede sempre con maggiore insistenza spazi rurali per il tempo libero e per migliorare

la qualità della vita. L'uomo della città vuole uscire dal suo ambiente per godere del benessere estetico ed emozionale della campagna. Il turismo, i viaggi di svago e le vacanze offrono reali possibilità di consumo sociale del paesaggio. Attività di cui conviene tener conto nell'economia globale di alcune contrade pittoresche e pertanto poco alterate. Questa vendita di paesaggi è osservabile, per esempio, nelle terre non irrigate del litorale della Marina. Queste si sono trasformate in spazio ad uso turistico-residenziale, per cui i vigneti e l'arboricoltura, che sopravvivono in queste condizioni, diventano copertura vegetale valorizzata per i suoi effetti paesaggistici, all'interno delle promozioni immobiliari, generalmente si tratta di insediamenti a bassa intensità, molto apprezzati dai residenti stranieri compresi nella fascia della terza età.

Per concludere, possiamo osservare che malgrado le impostazioni proposte dall'Unione Europea, in molte occasioni, l'applicazione reale dei decreti risulta difficile data la loro scarsa redditività a breve termine. Così, per esempio, la valorizzazione delle tradizioni come elemento di attrazione per il potenziamento della Montagna Alicantina come percorso ecoturistico è poco frequente. Affermazione avvalorata dal fatto che molti dei municipi riconoscono che non hanno previsto alcuna attuazione adatta alla loro conservazione. La presa di coscienza della necessità di essere rispettosi dell'ambiente è pertanto fondamentale. Si tratta quindi di educare al rispetto dell'ambiente non per le sue conseguenze, siano esse buone o cattive, ma perché è un valore che deve far parte della cultura che si trasmette di generazione in generazione. Processo questo al quale contribuisce in maniera notevole la realizzazione di congressi come quello di Rieti nel quale si confrontano i problemi che il mondo rurale ha nei diversi paesi comunitari; oltre a favorire comparazioni sia tra le politiche che tra i risultati ottenuti permettono anche, di rendere coscienti le autorità della necessità di mantenere, di conservare spazi che, sebbene alcuni possono credere che contengano elementi obsoleti, reliquie del passato, in realtà, hanno un grande valore in quanto ci mostrano come vivevano le società passate, come si adattavano all'ambiente, in condizioni poco sfavorevoli alle pratiche agricole e senza causare gravi problemi ambientali.

Traduzione di Federico Quacquarelli

